

otras partes, en especial de España (Museo de América y Museo del Prado) y de Perú (Museo Nacional de Historia). También se percibe que la historiadora retoma acertadamente mucho de lo que Elisa Vargas Lugo —pionera en estos estudios— ha dicho sobre el retrato en Hispanoamérica. De igual manera introduce dos apartados donde nos ubica en los respectivos contextos de los virreyes tanto de su biografía, como de la semblanza de las obras artísticas; en el primero hace una síntesis de la vida y obra de cada virrey hasta su muerte, en el siguiente elabora fichas técnicas del autor y su obra, lo cual complementa aún más su trabajo.

Por tanto, se invita al lector a adentrarse en este libro, que le será de utilidad para entender al retrato como una expresión simbólica que nos permite imaginar el pasado de un modo más vivo, entre otras cosas, porque es un medio que nos comunica algo que la autora descifra mediante la interpretación y el análisis de los detalles. Si asumimos la definición de Gombrich⁴ de que la historia del arte puede resumirse como la historia del gradual descubrimiento de las apariencias, entonces sin temor a equivocarme afirmo que la presente obra cumple cabalmente con su objetivo, pues durante las páginas el lector sufre ciertos cambios en sus percepciones respecto a las imágenes de la majestad real. Asimismo, el texto es también un llamado de atención a historiadores que siguen usando la imagen como simple adorno ilustrativo. Pero además es notoria la ausencia que tenemos de conocimientos razonables de la cultura clásica,

lo cual nos hace incapaces de leer muchas obras de la pintura occidental. El historiador debe aprender a descifrar una imagen, como lo hace con un documento, pues ambos son una fuente para seguir explorando el pasado.

Rafael Castañeda García
UAM-IZTAPALAPA

Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847, Era/CONACULTA-INAH, México, 2003, 173 pp.*

Resultado de una genuina preocupación intelectual por explicar el papel de los sin rostro y los sin nombre, o sea “el pequeño pueblo” que es, sin embargo, el gran protagonista de la historia, el libro de Luis Fernando Granados ofrece, a partir del estudio de los primeros tres días de la ocupación de la ciudad de México por el ejército estadounidense hace 157 años, una visión novedosa y provocativa. No en balde la investigación, elaborada para cumplir un requisito académico, ha sido doblemente galardonada y ahora publicada.

Con base en una revisión crítica, a veces demasiado severa, de la bibliografía —que comprende textos de historia universal, de los movimientos y rebeliones sociales, de historia de México, de historia de la ciudad de México y, desde luego, de historia de la guerra entre México y Estados Unidos generada en ambos países, sin desdeñar otras fuentes alternativas como la novela—, así como del análisis de fondos documentales y hemerográficos, tanto

⁴ Ernst H. Gombrich, *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, Ed. Debate, Madrid, 1998, p. 246.

mexicanos como estadounidenses, el autor se aventuró a estudiar ese hecho de corta duración en virtud de que, si bien ha sido abordado por la historiografía tradicional, la interpretación mexicana, con alguna excepción, no ha pasado de considerarlo una respuesta nacionalista a la agresión extranjera, y el fenómeno ha sido visto como un bloque, como si no hubieran ocurrido cambios en el proceso.

El libro, por su estructura y por su estilo, revela la sólida formación teórico-histórica y literaria del autor; es una obra que exige algún conocimiento del tema y del lenguaje, pero que despierta interés y curiosidad en el lector poco versado en la materia no sólo por la peculiaridad del hecho histórico, atractivo de por sí, sino por la extensión del texto, con capítulos bien dosificados, por los títulos imaginativos y por la forma en que se narran los acontecimientos. A manera de crónica, con colores, sabores y olores, y tomándose además la libertad de especular sobre los sentimientos que pudieron haber experimentado aquellos antepasados, el autor logra introducir al lector en aquel escenario. Otro aspecto relevante que se desprende de la narración es el conocimiento puntual de cada calle, de cada barrio de la ciudad. Granados debió haber recorrido una y otra vez en el papel y a pie todos los rumbos de los que da cuenta y que ilustra con mapas. Desafortunadamente, en el texto no aparecen las imágenes que anuncia, y que se encontraban en el texto original.

Armado pues con los recursos fundamentales: los papeles, la imaginación y, sin duda, un intenso ejercicio de análisis y reflexión, Granados propone que “la naturaleza” de aquel alzamiento es la expresión de un fenómeno social. El hecho

de haber sido el “pequeño pueblo” capitalino el principal actor del levantamiento pone en evidencia el descontento de esa población, condenada a la marginalidad desde hacía décadas, y que en la coyuntura de la guerra se hizo manifiesto contra el gobierno y el ejército mexicanos, pero también contra el intruso estadounidense, con el que se materializó. El autor concluye que el alzamiento tuvo un carácter espontáneo, masivo y popular. “Las piedras” es la metáfora que utiliza para representar a los “léperos”, a los marginados de la sociedad; las piedras, como lo explica, son el único recurso de los pobres para manifestar su malestar y su odio, y ellas son, por lo tanto, el sujeto de estudio.

El trabajo está dividido en siete apartados que ostentan títulos sugerentes de una o dos palabras, pero del todo representativos de su contenido. En ocho páginas introduce con “Diana”, donde plantea su objeto de estudio y las razones por las que es historiable. Luego de un rápido recorrido por la historiografía existente y por los esquemas teóricos que permiten acercarse a este tipo de fenómenos sociales, descarta el nacionalismo como el elemento explicativo del alzamiento en cuestión. Enumera los indicios o evidencias históricos que utiliza como punto de partida y subraya que prevalecen muchas incógnitas derivadas de las limitaciones propias de los testimonios. Esta prevención hay que tomarla en cuenta, porque en los capítulos subsecuentes el autor (se) plantea sistemáticamente interrogantes.

“Vísperas”, en un número similar de páginas que el anterior, contiene el análisis minucioso de lo ocurrido el 13 de diciembre, luego de la caída de Chapultepec; da cuenta de la composición de las columnas estadounidenses y su avance

hacia la gran ciudad, de los combates en las garitas y, sobre todo, de las primeras reacciones de los habitantes de los barrios vecinos ante la “terrenalización” de la guerra. En doce páginas, el capítulo “Noche” trata de la salida del ejército mexicano de la ciudad, señalando las fuerzas que dejó abandonadas y a las que ordenó diluirse, y los desertores. Como indicador del vacío de poder, el autor hace énfasis en el saqueo del Palacio Nacional por una turba de “léperos” y también en la evasión de los presos de las cárceles, elementos ambos sustanciales para los acontecimientos posteriores. Después de mencionar las diligencias del Ayuntamiento, termina con una detallada descripción de la entrada del ejército estadounidense y de la “neutralidad” que flotaba en el ambiente.

Con “Diluvio” (25 pp.), las piedras, como dice el autor, comienzan a hablar. Se refiere a las varias versiones sobre el lugar, el momento y el iniciador del estallido de la rebelión contra “los yanquis” la mañana del 14 de septiembre, y hace hincapié sobre la forma *espontánea* en que se produjo. A continuación traza el mapa de la insurrección, destacando las áreas de los barrios, los involucrados en la contienda callejera, las armas utilizadas, y calcula la intensidad de la lucha en el transcurso de las horas con base en la respuesta de las autoridades del Ayuntamiento y la violencia del ejército invasor.

En el siguiente capítulo, al que llama “Equilibrio” (19 pp.), Granados explica el cambio que se operó durante el día 15: destaca la coexistencia de la paz, es decir, la negociación política, y la guerra, esto es, la continuación de la revuelta en los barrios, hecho que demuestra a partir de las áreas de la ciudad que quedaron bajo control del ejército de ocupación y las que

continuaron con actitud beligerante. En ocho páginas, en el apartado “Restos”, se afirma que el día 16 cesaron los combates callejeros, lo que se explica por el acomodo de las fuerzas de ocupación dentro de la ciudad. El autor apunta, sin embargo, la imposibilidad de determinar el momento del cese de las hostilidades, visto que en los días y semanas posteriores los ataques a soldados estadounidenses se repitieron, que corrieron rumores de la organización de levantamientos y, otra vez, la reacción agresiva del pueblo bajo ante el castigo que se aplicaba a los insurrectos mexicanos, situación que mantuvo en alerta al mando militar y que lo obligó a tomar las medidas de control correspondientes.

A lo largo de 18 páginas, en el capítulo final: “Las piedras, los pobres”, Granados presenta un análisis de la condición social de los participantes en los combates. Descarta, de entrada, a los presos liberados; calcula que por la fuerza ejercida y por las bajas de estadounidenses y de mexicanos, el alzamiento fue uno de los enfrentamientos más cruentos de la guerra, lo que supone la participación *masiva* de los habitantes, en una ciudad donde la mayoría era pobre. Aclara que entre éstos predominaban los “léperos”, grupo que comprendía no sólo a la “escoria de la sociedad”, sino también a artesanos y trabajadores asalariados. Fueron ellos y no los ricos, dice el autor, los que combatieron a los invasores, por lo que el levantamiento adquirió el carácter de *popular*. Indica que si bien entre los beligerantes se encontraron también miembros del ejército y del clero, guardias nacionales y aun “gente decente”, éstos actuaron junto con los “léperos”. Subraya que el alzamiento debe verse como heterogéneo tanto espacial como temporalmente, ya que no to-

dos ni en el mismo momento se levantaron, ni se involucró a toda la ciudad ni a todos sus habitantes.

Luego de afirmar que el factor religioso no fue determinante en la acción de los insurrectos, el autor da cuenta de los levantamientos populares ocurridos antes y después de la guerra para demostrar la tradición de rebeldía popular en México. Asimismo, menciona la reacción de otras poblaciones ocupadas durante el conflicto con el fin de comparar lo ocurrido del 14 al 16 de septiembre de 1847 en la ciudad de México. Concluye que aquí se conjugaron varios factores: la existencia de tensión social y la efervescencia política, las crecientes exigencias de carácter militar durante el estado de sitio, la sensación de que el ejército y el gobierno habían traicionado a la causa después de los combates en el valle y, por supuesto, la afrentosa presencia del enemigo en casa. Elementos todos que hicieron eclosión en aquellos días memorables.

Naturalmente, el texto termina con la bibliografía, la que Luis Fernando Granados titula "Fuentes", entre signos de interrogación, y lo hace seguir de un epígrafe con el que informa al lector de su conciencia acerca de la cortedad e insuficiencia de los materiales utilizados para la confección de su estudio.

Este afán exigente y erudito del autor, sin embargo, logró en *Sueñan las piedras* una investigación que sin duda constituye un aporte para la historiografía mexicana de la guerra México-Estados Unidos y para la de la ciudad de México. Una propuesta provocativa por su lenguaje y porque obliga al lector a reflexionar a partir del sistemático cuestionamiento; una propuesta novedosa por la manera de escudriñar los documentos en busca de nue-

vos conceptos y por su estilo histórico-literario. En fin, la obra es representativa del trabajo que realiza esta joven generación de historiadores mexicanos.

Laura Herrera Serna
BIBLIOTECA NACIONAL
DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Mario Trujillo Bolio, Clara Rivera A. y Carlos Ruiz Abreu (eds.), *Catálogo de fuentes históricas para el estudio de los puertos en el Golfo de México, siglo XIX*, CIESAS/CONACYT, México, 2003.

La disciplina y el quehacer de la historia conforman un amplio mosaico de posibilidades de reflexión y análisis, pero también de retos, necesidades y obstáculos. El ejercicio del historiador es buscar fuentes y huellas del pasado que le permitan argumentar reflexiones de posibles explicaciones de los determinados procesos del devenir social. En ese sentido la tarea del historiador, por lo menos, se desarrolla en dos ámbitos o espacios: la consulta de acervos ordenados y clasificados de acuerdo con los principios archivísticos, y el trabajo de rescatar, ordenar y conservar documentos.

El CD *Catálogo de Fuentes históricas para el estudio de los puertos en Golfo de México, siglo XIX* se inscribe en ambos espacios del historiador, pues constituye un esfuerzo por detectar en dónde están los documentos que ayudarán a reflexionar sobre el estado y la función de los puertos, ver esos documentos y dar un orden a los mismos, toda vez que los editores se dieron a la tarea de procesar en un catálogo los documentos de una manera accesible y diná-